

sevilla: "luces de bohemia"

A CABO de ser testigo de otra representación de «Luces de Bohemia». De otro éxito del esperpento valleinclanesco. Esta vez, en Sevilla, en su grande y hermocho teatro Lope de Vega, y gracias a un grupo universitario.

No sé, si primero tendría que hablar de la pavorosa desolación teatral sevillana. De los intentos, heroicos y esporádicos, que unas pocas han librado contra la abulia general, y la limitación en particular, de la sociedad y el teatro de Sevilla. No sé, si habría que empezar preguntándose por qué no dedica el Ayuntamiento de la ciudad el Lope de Vega, al mantenimiento de una compañía y una actividad teatral regular y responsable, en lugar de utilizarlo como sala de los más diversos destinos. No sé, si convendría analizar las particularidades de la economía sevillana, y ver de encontrar en ellas la razón última de este radical desahucio que la ciudad ha hecho del teatro. O llegarse hasta el blanco y relamido pueblecito, levantado en honor de los Álvarez Quintero, para descubrir en cada uno de sus azócares la causa del actual no-teatro sevillano.

Algo de esto, en todo caso, hay que decir. Porque sólo entonces la representación de «Luces de bohemia» —más allá de cualquier crítica inmediata— alcanza su auténtica significación. Hablemos, si, de cómo se ha hecho en Sevilla este esperpento de Valle; pero comencemos por situar la representación en su marco cultural: ¡si hasta algún periodista ha hecho su nota crítica sin aparecer por el teatro! Circunstancias éstas que cargan de valores éticos a todas cuantas polemica y hacen posible que fenómenos como la representación sevillana de «Luces de bohemia» se produzcan.

Concurran en esta representación varias circunstancias especiales. Se trata de un grupo universitario que ha sido invitado a participar en el Festival Internacional de Nancy. Por imperativos del reglamento, en Nancy los espectáculos deben durar una hora, lo que pone a la mayor parte de las compañías en el brete de las «adaptaciones» acopladas a ese tiempo. En Sevilla, con «Luces de bohemia», han tenido también ese problema. De modo que la dificultad ha venido a ser doble: de «adaptación» del texto y de «forma» escénica.

Quiero señalar, previamente a todo juicio, que el Teatro Universitario de Sevilla ha ofrecido su trabajo al público mes y medio antes de llevarlo a Nancy. Es decir, con tiempo para la autocritica y la critica ajena; con tiempo, para ensayar y mejorar. Esto, situado en la pequeña historia de las participaciones españolas en los Festivales Internacionales —repárense la mayor parte de nuestras intervenciones en el Teatro de las Naciones—, es casi insólito. Aquí, el que ha ido «fuera» no suele ser antes previamente su espectáculo al público; cosa que, salvando algún caso excepcional —como, por ejemplo, la «Fuenteovejuna», de Alberto Castillo— no deja de ser sospechoso. En Sevilla no ha sido así. Y «Luces de bohemia», con alcanzar un alto nivel dentro de nuestro teatro no profesional —me atengo a las representaciones concretas del último Festival de Teatro Nuevo, celebrado en Valladolid, y no a especulaciones teóricas—, ha podido ser sometida a los más diversas críticas y sugerencias.

Vi la segunda y la tercera representación. Esta última abarrotó el Lope de Vega de un público joven, repitiéndose el fenómeno que ya hemos visto en Madrid con el programa Valle, de José Luis Alonso. La tarde de la tercera representación ocurrió además un incidente que, con otro público y otra obra, quizá hubiera sido catastrófico: hubo un apagón de luz en toda Sevilla. El telón se había levantado cinco minutos antes. El público permaneció en su butaca durante un cuarto de hora. Pasado ese tiempo, volvió la luz, se alzó nuevamente el telón y la representación se ofreció con toda normalidad. Es una historia trivial, pero yo pienso que sólo el aglutinante ético de la obra de Valle hizo posible tan sencilla solución. Actor y público, por la fuerza del texto, se sintieron obligados a defender una representación en la que todos esperaban ganar, que todos querían hacer posible en función de imperativos éticosociales que no concurren en otras representaciones.

En cuanto al tono de la representación fue más que estimable. Fue bueno. Es lo mejor que yo he visto al Teatro Universitario Sevillano. El mejor trabajo de su director Joaquín Arbide. La prueba de una unidad y un espíritu colectivo que hacen del grupo en cuestión, la más seria posibilidad y realidad teatral inmediata de Sevilla. Si la prometida Ley fuera adelante y se crease un Centro Dramático sevillano —como sería lógico—, no cabe duda, de que este grupo —destinado a superar la «etapa universitaria» de sus actuales componentes— habría de desempeñar un importante papel. Lo que no excluye, claro está, otras iniciativas potenciales y totalmente desasistidas que también hay en Sevilla...

Dentro de su convincente dignidad, su disciplina, su madurez, es indudable que a este «Luces de bohemia» podría reprochársele, por ejemplo, cierta falta de crueldad o dureza. Pero esta objeción no deja de ser un poco desvañada, si, en lugar de partir solamente del esperpento, partimos de él y de la realidad teatral sevillana y aún española. En nuestros océanos de trivialidad y dulzura un tanto canalla, la versión sevillana es —en su respeto a la obra— un golpe de salud y de intrínseca, destinado a adquirir aún más rigurosas dimensiones a lo largo de este mes y medio de ensayos en los que van a seguir trabajando...

No me atrevo a plantearme una crítica permanentizada en esta columna. Sería imposible en el espacio y aún sentido de mis comentarios. Sólo quería decir que «Luces de bohemia» ha vuelto a obtener un reconfortante éxito ante un público español, bien interpretada por un teatro universitario. Y que —estoy seguro— valdrá la pena llevar esto a Nancy.

JOSE MONLEON

salas especializadas

CUANDO la Dirección General de Cinematografía dictó las normas por las que quedaban constituidas las salas especializadas, no faltó quien comentó que, «entre nosotros», no tendría éxito esa medida. Pero, precisamente, era «entre nosotros» donde podía tener eficacia una disposición semejante. En más de una ocasión se ha hablado en esta columna de la falta de cultura cinematográfica del espectador español, falta de la que no puede hacerse responsable a él, sino al sistema que ha impedido que tuviera acceso a una seria considerable de films importantes.

Por unas u otras causas, el aficionado al cine en España desconoce prácticamente: la nouvelle vague francesa, el free cinema inglés, la new wave americana, el resurgimiento del cine italiano, las escuelas polacas y checoslovacas... es decir, desconoce los movimientos que han configurado el cine contemporáneo. En estas condiciones, es injusto echarle la culpa al espectador de que su preparación cinematográfica sea insuficiente.

Los asiduos a los cine-clubs, a las sesiones de la Filmoteca, han tenido ocasión de adquirir una cultura incompleta, con remiendos, pero al fin y al cabo conectaban con algunos films significativos de las tendencias a las que se ha aludido antes.

Teniendo en cuenta estos datos, la necesidad de las salas especializadas era imperiosa en nuestro país. Según la reglamentación existente, se trata de promover la proyección de películas extranjeras en versión original con subtítulos en español y películas nacionales de interés cinematográfico. Tendrán cabida en estas salas una serie de films que, por diferentes razones, no encontraban hasta ahora cabida en los canales normales de distribución y exhibición.

Nos llega la noticia de que en Barcelona ha empezado a funcionar la primera sala especializada que se acoge a las normas dictadas por la Dirección General de Cinematografía y Teatro. Se trata del «Publi-Cinema», que desde el día 5 de este mes, en función de noche, orientará su programación en ese sentido. «Prendemos sólo poner al alcance de los buenos aficionados el buen cine. Y crear aún más buenos aficionados. Nos preocupa el cine español verdaderamente nuevo. Intentaremos mostrar este «cine español». Tales son los propósitos de la sala barcelonesa que rompe el fuego. «Sueños», de Ingmar Bergman, ha sido la primera película programada, junto con el documental «Torerillos», de Basilio Martín Patino.

No me cabe la menor duda que la existencia de estas salas especializadas será acogida con interés por extensos núcleos de aficionados. Téngase en cuenta que, pese a la introducción masiva de la televisión, España es uno de los países que, proporcionalmente, tiene un mayor índice de frecuentación de toda Europa. La existencia de una minoría de verdaderos aficionados —mucho más mayoritaria de lo que se cree— garantiza un público incondicional para estas salas especializadas.

En el momento de redactar este comentario estarán inaugurándose, o a punto de abrirse, nuevas salas especializadas. La experiencia puede ser interesante: los hechos lo demostrarán.

Paralelamente, en Madrid, se ha celebrado un ciclo de cine checoslovaco. El Ateneo ha sido el local donde han tenido lugar las proyecciones. Se programaron las siguientes películas: «La tienda en la calle mayor», de Jan Kadar y Elmar Klos, Oscar de Hollywood a la mejor película extranjera en 1965; «Iluminación íntima», de Iván Passer, uno de los films más interesantes del pasado Festival de San Sebastián, injustamente ignorado en los galardones oficiales; «El atentado», de Jiri Sequens, medalla de oro del VI Festival de Moscú; «Un día, un gato», de Jasný, premio especial del Jurado en el Festival de Cannes de 1963; «Fantasía en Praga», de Pavel Hobi, galardonada en Venecia; «Viva la República», de Karel Kachyna, premiada en Mar del Plata en 1966; el cortometraje «La felicidad del amor» y «Los amores de una rubia», de Milos Forman, considerado el realizador checo más importante.

Una buena muestra de la cinematografía checoslovaca, que hasta el momento era prácticamente desconocida en nuestro país —sólo se han proyectado comercialmente «Romeo, Julieta y las tinieblas», «El barón fantástico» y «El abuelo automóvil»—. Durante años se ha estimado que el cine polaco era el más interesante de todo el bloque del Este, pero últimamente surgió con gran ímpetu la escuela checa, produciendo films que ocupaban premios en los principales festivales internacionales. En cualquier caso, la programación del Ateneo ha sido una experiencia importante, sobre todo, en la medida que han sido adquiridas algunas de esas películas por distribuidoras españolas. Ahora que existen ya las salas especializadas, podría ser una buena ocasión de organizar ciclos para el gran público como el que ha ofrecido el Ateneo para una audiencia minoritaria. En este sentido, careciendo como carecemos del conocimiento de un buen puñado de películas e incluso de cinematografías completas, el panorama es vastísimo para presentar programaciones más que sugestivas.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS